



América Latina en el Umbral del Siglo XXI

Carlos Andrés Pérez • Gonzalo Barrios • Felipe González • Arturo Uslar Pietri
Luis Caballero • Darcy Ribeiro • Leopoldo Zea • Luis Alberto Monge • Enrique Silva Cimma
Lagos • Guillermo Ungo • Jaime Paz Zamora • José Francisco Sucre Figarella • Jimmy Carter
Andrés Vallejo • Carlos Canache Mata • Luis Alva Castro • Jeffrey Sachs

EDICIONES DE LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA
EDITORIAL NUEVA SOCIEDAD - ILDIS

321
A512

América Latina en el Umbral del Siglo XXI

Carlos Andrés Pérez • Gonzalo Barrios • Felipe González • Arturo Uslar Pietri
Manuel Caballero • Darcy Ribeiro • Leopoldo Zea • Luis Alberto Moñge • Enrique Silva Cimma
Ricardo Lagos • Guillermo Ungo • Jaime Paz Zamora • José Francisco Sucre Figarella • Jimmy Carter
Andrés Vallejo • Carlos Canache Mata • Luis Alva Castro • Jeffrey Sachs

BIBLIOTECA
F. L. O. S.
SANTIAGO

13.687

Primera edición 1989

©Ediciones de la Presidencia de la República
Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (Ildis)
Editorial Nueva Sociedad
Apartado 61712, Caracas 1060-A, Venezuela
Fax: 313397; Telfs.: 313189/331648

Edición al cuidado de Daniel González V.
Portada: Ortizpozo

Fotografías: Alfredo Flores: 32; Jesús García Torres: 13, 14, 15, 16, 17, 18,
19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 28, 30; OCI: 1, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 29; Adolfo
Palao: 31; Pedro Reyes: 27; Pedro Velásquez: 2, 3, 11.

Fotocomposición/paginación: La Galera de Artes Gráficas
Impreso en Venezuela
ISBN 980-6110-52-8

Indice

Prólogo	
Carlos Andrés Pérez	8
Presentación	
Hans Blumenthal	20
Apertura	
Gonzalo Barrios	26
Felipe González	29
El hombre latinoamericano 500 años después	
Arturo Uslar Pietri	34
Manuel Caballero	43
Darcy Ribeiro	50
Leopoldo Zea	56
La democracia y el desafío de la gobernabilidad	
Luis Alberto Monge	60
Enrique Silva Cimma	64
Ricardo Lagos	69
Guillermo Ungo	76
Jaime Paz Zamora	79
José Francisco Sucre Figarella	85
La deuda externa y el porvenir de América Latina	
Jimmy Carter	100
Andrés Vallejo	102
Carlos Canache Mata	106
Luis Alva Castro	111
Jeffrey Sachs	118
Autores	125

Presentación
Hans Blumenthal

Con ocasión de la asunción del mando presidencial del ciudadano Carlos Andrés Pérez, se celebraron en Caracas el 2 de febrero de 1989 unas jornadas de reflexión organizadas por el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS) y la Fundación Nacional Gonzalo Barrios, que versaron sobre el amplio tema de «La América Latina en el Umbral del Siglo XXI».

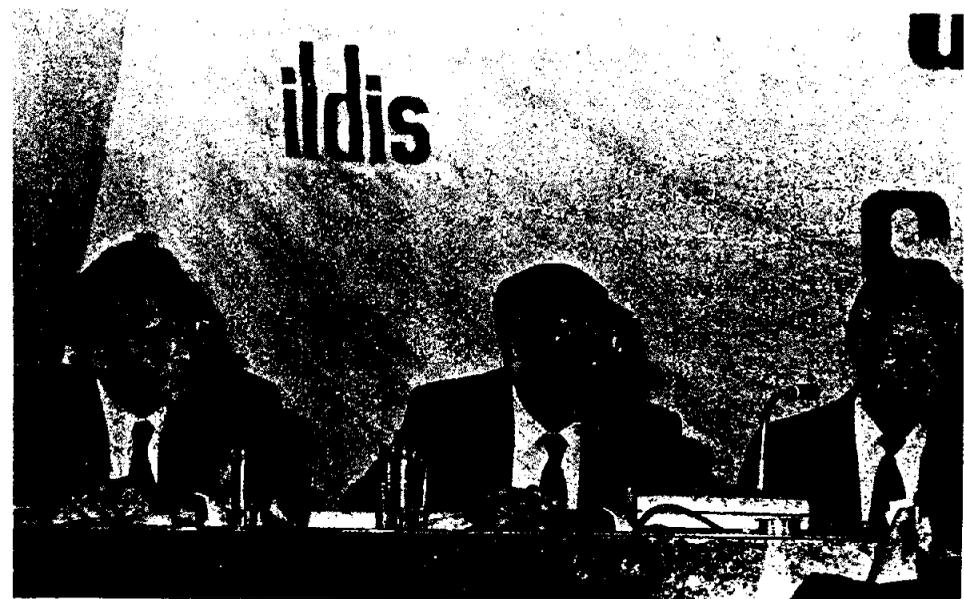
El título de la jornada, tan vasto como ambicioso, podría provocar una especie de trampa o dilema para sus organizadores: era necesario, por un lado, reducir la gama de posibles asuntos tratables y, por otro, dejar un espacio temático suficientemente amplio para la reflexión y para la controversia intelectual.

Tratamos de resolver la contradicción a través de la selección de tres aspectos que al mismo tiempo redujeran y orientaran la complejidad del tema y permitieran a los participantes exponer sobre «el todo» de la situación actual de América Latina. Lo humano y cultural con *El hombre latinoamericano 500 años después*; lo político con *La democracia y el desafío de la gobernabilidad*; lo económico con *La deuda externa y el porvenir de América Latina*.

Cuando 17 destacados historiadores, filósofos, sociólogos, líderes políticos, escritores y economistas de doce países exponen y discuten durante un día temas de trascendencia, es obvio que se produzcan para los oyentes —y ahora para los lectores— momentos y situaciones muy variados: momentos de iluminación y reflexión cuando, por ejemplo, Felipe González citó la frecuente caracterización de países latinoamericanos, como países de un gran futuro y sostuvo: «Es nuestra angustia, la de repetir, una y otra vez: sí, es un continente —hablando de América Latina— con mucho futuro. O si ese futuro alguna vez va a ser alcanzado, como el galgo a la liebre, por el galgo del presente. Es el desafío de América Latina en el umbral del siglo XXI... No es que no se atribuya un porvenir a América Latina; sino que probablemente se le atribuye porvenir y se le niega presente para alcanzar el porvenir, por las circunstancias que se están viviendo». Momentos de realismo crítico cuando, por ejemplo, Jimmy Carter afirmó: «En el momento que yo me retiré de la presidencia en 1981, había una transferencia neta actual de 30 mil millones de dólares de los países ricos a los países pobres. El año pasado hubo una transferencia neta de 35 mil



Jornada de reflexión dedicada al tema «América Latina en el Umbral del Siglo XXI». De izquierda a derecha: Carlos Alberto Monge, ex-presidente de Costa Rica; Bettino Craxi, ex-primer ministro de Italia; Manuel Caballero, periodista e historiador venezolano; Gonzalo Barrios, senador y presidente del partido Acción Democrática; Arturo Uslar Pietri, escritor venezolano; Leopoldo Zea, filósofo y ensayista mexicano; Darcy Ribeiro, antropólogo y escritor brasileño; Luis Echeverría, ex-presidente de México; Mario Soares, Presidente de Portugal. De pie: José Francisco Sucre Figarella, ex-ministro de Cultura de Venezuela.



De izquierda a derecha: Hans Blumenthal, director del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS); Carlos Canache Mata, diputado venezolano y Jimmy Carter, ex-presidente de EEUU.



14

De izquierda a derecha: Bettino Craxi, Felipe González, Gonzalo Barrios, Enrique Tejera Páez, Antonio Blavia, presidente de la Fundación Gonzalo Barrios, Hans Blumenthal, Luis Cheverría.



15

millones de dólares de los países pobres a los países ricos». O cuando el economista de la Universidad de Harvard, Jeffrey Sachs, en su exposición sobre posibles soluciones al problema de la deuda latinoamericana anotó: «...la solución de la crisis no llegará como un obsequio del mundo acreedor ...la única solución verdadera llegará como producto de un arduo trabajo por parte de los mismos países latinoamericanos y del planteo de negociaciones con los gobiernos acreedores... América Latina no ha terminado sus tareas en relación a este problema». Pero, también de mucha alegría cuando, por ejemplo, el brasileño Darcy Ribeiro dirigiéndose al Presidente de Portugal Mario Soares, sentado a su lado, dijo: «... toda la Iberia serían 10 millones; Portugal, un millón: los hombres que pudieron mandar para acá fueron un número muy pequeño, sin embargo, estos pocos tuvieron la capacidad prodigiosa de multiplicarse por el mundo y, sobre todo, multiplicarse en el mundo latinoamericano. En ese sentido nosotros somos la hazaña de Portugal y de España. Lo que ellos hicieron en la historia, somos nosotros, y por eso podemos decir que ahora nosotros, los latinoamericanos, empezamos a cambiar de actitud, en lugar de mirar a los portugueses y españoles como nuestros padres nosotros comenzamos a mirarlos como nuestros hijos. La verdad es que el hijo es el que hace al padre, ningún padre sería tal si no tuviera un hijo, así es que los iberos tienen que aceptar esa proposición nuestra».

Podría citar muchos otros párrafos de este estimulante y esclarecedor debate suscitado en estas jornadas en que todos los expositores, con penetrante lucidez intelectual y con acrisolado espíritu crítico fueron trazando con hondura el quehacer futuro del continente en su dimensión histórica y asimismo contingente en su esencia fundamental. Con estas citas he pretendido solamente provocar la lectura de este libro, que reúne textos que no tienen ambiciones científicas, sino que incitan a la reflexión fecunda y creadora que posibilite las soluciones más eficaces para un mejor porvenir.

Hans Blumenthal
Director del Instituto Latinoamericano
de Investigaciones Sociales (ILDIS)

La democracia y el desafío
de la gobernabilidad

Luis Alberto Monge

Costa Rica

Enrique Silva Cimma

Chile

Ricardo Lagos

Chile

Guillermo Ungo

El Salvador

Jaime Paz Zamora

Bolivia

José Francisco Sucre Figarella

Venezuela



Ricardo Lagos

Más allá de la retórica se requiere capacidad y decisión en la acción

La capacidad de gobernabilidad de las democracias en América Latina está íntimamente vinculada al grado de homogeneidad o de heterogeneidad que existe en el interior de nuestras sociedades, en los distintos ámbitos: político, económico, social o cultural. La democracia, en un sentido abstracto, difícilmente tiene posibilidades de subsistir a menos que esta se inserte en una sociedad que tenga grados de homogeneidad en estos distintos planos, que hace que el sentido último del término tenga significados similares a los distintos ámbitos y sectores de la población.

En el ámbito político, más allá de la declaración retórica ritual que todos somos iguales, no es cierto que en esta América todos seamos iguales. No somos iguales porque en definitiva el ejercicio político de cualquier sistema democrático implica la posibilidad de decidir, de juzgar y de resolver. Esto significaría que cada uno de nosotros tiene la capacidad de acceder a los flujos de información y al conocimiento en condiciones iguales. Y que aquellos que generan esos flujos de información lo hacen de una manera tal, que las distintas opciones, o visiones, tienen el grado de representatividad adecuado para que la decisión, a partir de esa información, sea una decisión verdaderamente democrática. Y sabemos que eso no es así. La homogeneidad que tenemos en América Latina desde el punto de vista de información no es tal, por el contrario hay una gran heterogeneidad. Si comparamos por ejemplo los flujos, las fuentes y el acceso a la información del hombre latinoamericano con el del hombre europeo, estamos haciendo comparaciones

absolutamente distintas. ¿Dónde se informa el hombre de esta América nuestra? ¿En televisión, en radio, en prensa? ¿Dónde nos informamos en Chile bajo la dictadura de Pinochet? Por eso sostengo que más allá del ejercicio retórico de una homogeneidad en el sistema político, para que sea real y pueda haber una gobernabilidad democrática en este plano, ésta tiene que permitir un acceso a la información que hoy, en buena parte de nuestras sociedades, está vedado.

No sólo se trata de plantear: ¡queremos que no haya analfabetos! El problema es que el analfabeto queda fracturado de una posibilidad de conocimiento a través de la prensa escrita. De ahí que en la medida en que surjan nuevos y más modernos medios de comunicación, como la televisión, el ejercicio político en las sociedades homogéneas no sólo se referirá al acceso, sino también al origen de esos flujos de información que forman opinión pública.

Junto al tema de la homogeneidad en lo político, surge el dilema de cuál es la homogeneidad en el ámbito económico. Y en qué medida nuestro sistema y nuestra estructura económica es tal que al interior de nuestras sociedades tenemos un mecanismo que las definiciones de gobernabilidad democrática están determinadas por un sistema productivo en el cual todos estemos insertados por un mismo grado de homogeneidad. Y aquí tampoco encontramos esa homogeneidad. Pongamos sólo un ejemplo: una sociedad moderna y una tradicional que coexisten. O para usar los términos de la jerga académica: una sociedad formal y una economía informal, que también coexisten.

Digamos entonces que queremos mejorar el ingreso de una sociedad europea, y decidimos que los salarios aumenten 10%, y estamos afectando al 80-85% de aquellos que trabajan en esa sociedad. En cambio si aumentamos sueldos y salarios aquí en Latinoamérica se estará afectando al 20% al 25%, como máximo al 40% de los que trabajan, porque una buena parte no tiene sueldo sino que otra forma de percepción de ingresos.

O a la inversa apliquemos recetas keynesianas que estuvieron en boga en los años sesenta y que en esta década de los ochenta están un tanto desacreditadas y digamos «operemos por la vía impositiva», vía que en el mundo homogéneo está llegando a la mayor parte de la población y aquí está llegando a niveles que son muy poco significativos.

En otras palabras, lo que quiero indicar es que cuando existen modernidad y tradición, sectores formales e informales, esa heterogeneidad en lo económico hace que la gobernabilidad del sistema democrático sea infinitamente más difícil, porque la percepción

de aquel moderno trabajador que está en el enclave de la modernidad es tremendamente distinta de la percepción de ese otro trabajador que está en la informalidad y fuera del sistema. Y sus demandas, respecto de lo que cada uno de ellos le pide al sistema democrático, son obviamente muy distintas.

¿Cómo generamos entonces una política económica dentro de un sistema democrático que tome en cuenta ambas realidades distintas y ambas heterogeneidades que están coexistiendo? Ese es el dilema, a mi juicio esencial, de la América nuestra. Como esta heterogeneidad económica se plasma en lo social, la distribución de los frutos del sistema económico es tremendamente desigual.

Si observamos a América Latina con la más modesta visión, a partir de la década del cincuenta, tendremos que convenir que ha habido un crecimiento satisfactorio; en promedio, entre un 5-6%; pero cuando vemos los frutos de aquel crecimiento, percibimos que esto se ha producido de una manera tremendamente desigual haciendo, en consecuencia, que ahora las posibilidades de gobernabilidad sean enormemente difíciles porque los frutos de ese progreso no se han distribuido equitativamente. Hoy sabemos que la ilusión de los setenta, en que se nos decía: «basta crecer, que de alguna manera habrá un mecanismo en que todos van a acceder», no es verdad. Hemos tenido crecimiento, pero los bolsones de pobreza en buena parte de nuestra América existen y subsisten, caracterizando una gobernabilidad donde se dan paralelamente un crecimiento con pobreza, una modernidad con atraso. ¿Cómo entonces hacemos un sistema democrático que llegue a todos?

Si a ello agregamos lo que puede hacer la heterogeneidad en el ámbito de lo cultural, tendremos un desafío infinitamente mayor: el grado de heterogeneidad que se genera en lo cultural, ¿en qué medida hace más difícil la gobernabilidad en un sistema democrático?

Creo que en tanto no avancemos a grados mayores de homogeneidad en lo político, en lo económico, en lo social y en lo cultural, la gobernabilidad, más allá de lo que puedan ser la retórica y los buenos propósitos de los actores políticos, será un elemento difícil de aprehender, a menos que simultáneamente queramos avanzar hacia un sistema democrático con niveles crecientes de homogeneidad.

Y es en la búsqueda de esta mayor homogeneidad que recurrimos a particulares visiones ideológicas, a determinadas utopías que tenemos en lontananza y que son las que en último término mueven al hombre de hoy, como al hombre de ayer y al de mañana.

Se ha dicho que las ideologías son una necesidad. Yo preferiría

decir que las utopías del hombre sí son vigentes. Tal vez como resultado de las dificultades, hemos aprendido a tomar con mayor humildad cada una de nuestras verdades para alcanzar una mayor homogeneidad en nuestras sociedades, porque percibimos que si sólo mi verdad es la auténtica, la democracia se hace absolutamente ingobernable; cuando se contradice con la verdad del otro, más que una situación en que la ideología se bate en retirada, yo diría que lo que hay es una percepción de que la gobernabilidad democrática está en función de ideologías que se contrastan pero que en último término la sociedad es la que decide entre ellas.

Si eso es así, la cuestión es cómo avanzar a niveles mayores de homogeneidad al interior de nuestras sociedades; y esto, en último término, no es sino consecuencia de una particular visión que tengamos en el ámbito ideológico. Sin embargo, me parece que hoy día dentro de Latinoamérica hay una realidad distinta de la que podíamos percibir hace 135 años, porque ocurre que en este continente a pesar de todo se ha avanzado, y hoy nos encontramos en un recodo de nuestra historia donde, me permitiría afirmar, que las bases materiales que tenemos son similares a las bases materiales que tuvo Europa en la década del cincuenta. Estamos tan acostumbrados a pensar que el desarrollo está lejos de nosotros que, a veces, tendemos a olvidarnos dónde estaban ayer aquellos que hoy percibimos como un mundo desarrollado.

Hoy podemos decir que el producto total de nuestra América Latina es mayor que el producto de la Europa de los cincuenta, que el producto por habitante es aproximadamente, el 80% de lo que era el producto de Europa en esa época. Hoy podemos decir que en materia educacional, los niveles de cobertura primaria en América Latina son casi idénticos a la cobertura primaria de la Europa del cincuenta. A nivel secundario estamos iguales y a nivel universitario hoy, hay 18 jóvenes universitarios en edad universitaria en América Latina, contra nueve que había en la Europa del cincuenta.

Si buscamos otros elementos de la base material, descubriremos que con respecto a la Europa del cincuenta, hoy en América Latina tenemos tanto trigo, un poco más de acero, el doble de cemento, más automóviles y consumimos el doble de fertilizantes. Y si se trata de insertarnos al mundo, tenemos un comercio exterior de 110 mil millones de dólares frente a 75 mil millones de la Europa del cincuenta.

En conclusión existen hoy en América Latina bases materiales similares a la que tuvo la Europa del cincuenta; pero allí hubo una voluntad y una decisión políticas para dar pasos concretos y no retóricos en el ámbito de la integración. Allá hubo, en un periodo de

35 años, la decisión de pasar de 1957 a 1992 a una Europa que no va a tener barreras en los próximos tres lustros. Estamos en el umbral del siglo XXI. ¿Existe la voluntad o la capacidad política de proponernos, si tenemos bases materiales similares, a que en los próximos 35 años no haya barreras en nuestra América? ¿Estamos hoy en condiciones, a partir de una definición política de lo que es el Grupo de los Ocho, de decir: «En el año 2025 no habrá barreras en nuestra América»? Y si hablamos de gobernabilidad, ¿podríamos decir que habrá un elemento de gobernabilidad mañana, desde el punto de vista de lo que son hoy los sistemas democráticos? Así como en la Europa democrática existía *de facto* el Club de los Demócratas, donde no accedían aquellos que practicaban la dictadura, ¿estamos en condiciones hoy de tomar esa definición política? No es fácil; no es fácil porque a diferencia de la Europa de los cincuenta, nosotros nos insertamos en un mundo donde tenemos elementos que dificultan el avance de un proceso integrador. Es cierto, tenemos bases objetivas materiales similares, pero tenemos un peso y una deuda externa que nos agobia. Y aquí quiero hacer una afirmación muy simple y brutal: no hay en la historia de la humanidad, transferencia de recursos, en la magnitud y en la permanencia en el tiempo, más alta que la que América Latina ha transferido al mundo desarrollado en los últimos siete años. Algunos la han comparado con la transferencia de Inglaterra a la Europa continental para derrotar el imperio napoleónico, pero ella fue menor.

Otros la han comparado con la transferencia después de la guerra del setenta en Europa en relación a Prusia, con respecto a lo que implicó el Tratado de Versalles, pero también esta fue menor. No hay ejemplos en el mundo en que una región, como un todo, salvo producto de una guerra directa, haya hecho transferencias superiores al 4, al 5, al 6% de su producción total. Y en consecuencia el dilema es: ¿Existe una viabilidad para la gobernabilidad de la democracia en América, cuando tenemos que hacer esa transferencia de recursos?

Enfrentemos, este tema con realismo. Este problema tiene tres responsables: nosotros, los países endeudados, que de un modo alegre y fácil nos endeudamos; los banqueros de los países desarrollados, que encontraron una forma también fácil de reciclar los depósitos de los petrodólares; y, por cierto, los gobiernos donde estaban aquellos bancos que prefirieron mirar hacia otros lados, desentendiéndose de la forma fácil en que se hacía este endeudamiento.

Si tres son los responsables, ¿por qué solo uno tiene que apretarse el cinturón y pagar? Y este es el meollo del problema. No se

trata de escabullir responsabilidades o de encontrar una solución fácil, pero no es posible pensar en que va a haber mañana una gobernabilidad en un sistema democrático, cuando hay que hacer una magnitud de transferencia de recursos de esa envergadura. Creo que tal vez existe una posibilidad. Se ha dicho a veces que la crisis es también oportunidad porque, aunque imposibilita a América Latina insertarse en el mundo, pudiera ser la ocasión para iniciar una política integrada a partir de una política común frente a la crisis.

¿Por qué tenemos que pagar dos mil millones adicionales de dólares al año cuando sube 1% la tasa de interés en el mundo, elemento sobre el cual nosotros, en América, no tenemos control ninguno? ¿O es simplemente porque el gobierno de una nación poderosa no tiene un Fondo Monetario que le diga que no puede continuar con un déficit del sector público? En último término, sabemos que el déficit en el sector público de una nación poderosa es lo que eleva nuestra tasa de interés. Es la política económica que ocurre allá lo que afecta nuestra capacidad acá.

Es posible, por consiguiente, pensar en que la gobernabilidad de la democracia aquí, si queremos hacerla compatible con una inserción económica internacional realista, está en función de un mecanismo de interlocución de políticas económicas reales entre pueblos.

Más allá de la retórica, lo que se requiere hoy es capacidad y decisión en la acción y nos parece que el Grupo de los Ocho puede ser un punto de inicio, para que más allá de la declamación integracionista, seamos concretos. Si queremos ser serios, ordenemos nuestra casa y busquemos grados crecientes de homogeneidad en cada una de nuestras sociedades. Pero, junto con ello, seamos serios respecto a la forma en que nos insertamos en un mundo más complejo, que al mismo tiempo es un mundo interconectado. No nos es indiferente la política económica que se aplica en grandes centros desarrollados, porque afecta nuestra capacidad de pago; pero tampoco nos es indiferente la política económica de nuestros países, porque es tan peligroso contra la gobernabilidad de nuestras democracias, un general golpista como un ministro de Hacienda irresponsable y populista.

Tan peligroso como lo anterior es no entender que nuestro peso reside en una manera distinta de insertarnos, en las relaciones económicas internacionales. El recuerdo que hacía el presidente Felipe González de un elemento muy concreto, que debe ser un signo de alerta para todos, es la paradoja de que el mundo desarrollado tiene niveles de protección extraordinariamente más bajos cuando se trata de competir con sus iguales desarrollados que cuando

se trata de competir con los subdesarrollados que intentan insertarse. Y lo dijo el presidente de un país desarrollado, gran potencia industrial.

Ese es el problema que está íntimamente ligado con el tema de la gobernabilidad, porque así como tenemos que tener seriedad para lo que debemos hacer, grados crecientes de homogeneidad en nuestras casas, esa seriedad tenemos que aplicarla también al interior de nuestras sociedades. Esto nos permitirá hablar con una sola voz en el concierto internacional, para decir: «queremos una democracia gobernable». Eso pasa también por una inserción en el mundo internacional de iguales. Si lo hacemos, y lo hacemos con una sola voz, habrá grados crecientes de gobernabilidad, unido también a una sociedad más homogénea, y a un mundo más igual, intercomunicado, y en donde tendremos la posibilidad de que la democracia deje de ser un ejercicio retórico para pasar a ser una realidad cotidiana que se practique en nuestro pueblo.